Consumada nuestra independencia, el clero mexicano, siempre funesto á la patria, unido al partido conservador y empleando para ello cuantiosas sumas, comenzó á intrigar cerca del libertador, como entonces se llamaba al general Iturbide, y de los demás ilustres caudillos de la Independencia, á fin de encaminarlos á que se adoptase como forma del nuevo gobierno el sistema monárquico, constituyéndose el primero en Emperador del naciente imperio. Aquellos bravos jefes, cuya sangre generosa se había derramado en abundancia sobre los campos de batalla en favor de su patria, adoptaron, sin embargo, con indiferencia aquel proyecto, pues lo que á todo trance les importaba era que México á la faz del mundo fuese una nación soberana é independiente. Por otra parte, cansada la nación de tantos comba-

tes, anhelante por la paz para consolidarse, y como embriagada por su expléndido triunfo, vió también con indiferencia la erección de un imperio cuyo sistema de gobierno era contrario á sus ideas políticas. El hecho se consumó, pues, se dió el golpe de estado y surgió el imperio de Iturbide.

Mas el naciente partido liberal ya robusto, audaz y emprendedor desde su mismo orijen, no podía de ninguna manera acomodarse á semejante orden de cosas; apeló á la revolución y después de algunos combates, cuvo resultado le fué siempre favorable, el imperio fué destruido, sustituyéndolo la República Federal. Iturbide fué condenado al destierro y el nuevo gobierno le previno que bajo pena de muerte se abstuviera de pisar de nuevo el territorio de la República. mas aquel desgraciado jefe, expensado abundantemente, é instigado por el funesto clero católico en México, abandonó el destierro para venir á procurar restablecer por medio de las armas su ridículo imperio. La suerte le fué adversa y poco después de haber saltado á las playas de la República, fué capturado por fuerzas del gobierno, y tras de un sumarísimo proceso fué conducido al pueblo de Padilla y pasado por las armas.

Este hecho vino á consolidar las bases sobre las que se había edificado la República; sin embargo, en su seno fermentaban las pasiones de dos partidos políticos que se habían jurado un odío recíproco; el liberal y el conservador, que gracias á sus constantes intrigas había logrado hacerse pesar en la balanza gubernamental.

No es nuestro ánimo, ni vá de acuerdo con el plán que nos hemos propuesto, referir una por una todas las revoluciones que se sucedieron predominando unas veces el partido liberal y otras, á la verdad muy pocas, imponiéndose el partido conservador. Nos bastará con manifestar que tan frecuentes contiendas, no hacían más que imposibilitar en el extranjero el establecimiento del crédito nacional, debilitar á la nación, des moralizar al ejército y prepararnos, por decirlo así, para hacer la menor resistencia al enemigo extranjero que con cualquier pretexto se propusiese invadir nuestro territorio.

Por orra parte, esas contínuas revoluciones y motines militares habían impedido á los gobiarnos que con tanta frecuencia se sucedían, atender con el esmero que merecia á la reorganización del ejército nacional, cuyo armamento y material de guerra, tanto por su mal estado como por su antiquísimo sistema, eran impropios y casí inútiles para abrir una campaña seria contra un ejército bien organizado y perfectamente armado. Ya desde la época de las campañas de Texas, la nación vecina nos veía con malos ojos y espiaba cuidadosamense el momento de que llegásemos á nuestro máximum de trastorno y desmoralización, á fin de invadirnos fácilmente.

A principios del año de 1846 llegó el momento tan deseado por nuestros vecinos y su gobierno, sin más preliminares, ni previa declaración de guerra, concentrando numerosas tropas invadió la parte norte del Estado de Tamaulipas, empujando sus vanguardias hasta la márgen izquierda del Río Bravo del Norte, de tal suerte que algunas de ellas acamparon frente y á la vista de la ciudad de Matamoros.

Nuestro gobierno, tratando hasta donde le fuese posible, y decoroso á la dignidad nacional, de evitar los desastres que como consecuencia acarrearía una guerra con los Estados Unidos, procuró arreglar el asunto en el simple terreno de la diplomacia. Todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues lejos de escucharlo el gobierno de esa potencia, ponía sobre las armas más y más tropas y acopiaba mayor número de elementos de guerra para facilitar su plan de invasión.

México, pues, se vió obligado á declarar la guerra.

Todas las batallas, combates y demás operaciones de la campaña de 1846 á 1847, que

tan funesta fué á nuestras armas por la ineptitud é impericia de los jefes que mandaban las tropas nacionales, es lo que nos proponemos referir tan minuciosamente como nos sea posible, así como con la más completa imparcialidad, despojándonos para ello de nuestro carácter de mexicanos y ateniéndonos sólo al de escritores militares que quieren consignar los hechos tales como han pasado.

Ojalá que la lectura de nuestros Ensayos sobre la Historia Militar de México, sea provechosa á nuestros jóvenes oficiales, pues es lo único á que aspiramos al emprender tan arduo trabajo,

En el trascurso de dicha lectura, veremos de la manera más clara, que el valor, la abnegación y la sobriedad en nuestra tropa fueron tan grandes que llenaron de admiración á nuestros mismos adversarios; pero veremos al mismo tiempo, que la ignorancia, ineptitud é impericia de nuestros jefes fueron la causa eficiente de nuestras desgracias.

Demos principio á nuestra narración.